

Periodismo fuerte

Froylán dejó el *Diario de Xalapa* pero los problemas no terminaron. Comienza a recibir ataques en el Sumario político que escribe Pabello Acosta con el pseudónimo de A. Puente Rosado. También se entera de que en los pasillos del edificio donde se ubica *Punto y Aparte* deambula Joaquín Romero, un reportero enviado por don Rubén para espiar los movimientos y visitantes del director del semanario.

Bajo ese ambiente de hostilidad un día en que acude a la céntrica notaría de Miguel Marengo en la avenida Ávila Camacho, se encuentra al periodista Pepe Valencia, quien es colaborador del *Diario*. Con un apretón de manos solamente le dice “¡Te saludo rápido, no sea que te vayas a infestar!”.

Luego de leer notas ofensivas durante muchos meses una mañana Armando Rodríguez, llega alterado a la oficina del *Punto* y le aconseja a su amigo dar respuesta a los agravios. Hoy dice en su columna que “en esta casa comiste y aprendiste hasta a amarrarte las agujetas de los zapatos”. No pasa nada, le responde tranquilo Froylán, mirándolo a los ojos.

Al otro día en el desayuno, con el periódico encima de la mesa, Raquel le pregunta si no va a decir nada sobre lo que siguen escribiendo acerca de él. “Para qué, todo es cierto”, responde lacónico.

Pero la situación se torna incómoda en la oficina. Por tercera ocasión Armando le sugiere hacer algo. Irritado ante tanta insistencia, el periodista le responde: “¡A ver don Armando, ya estuvo bien, cree usted que soy tan tonto como para contestarle a don Rubén!”. Esa es la última vez que alguien insistirá en que debe defenderse, si bien los comentarios negativos continúan en el Diario de manera intermitente, hasta que el paso del tiempo termina diluyéndolos.

Motivado por el desencuentro con Pabello y para dictar líneas de conducta ética en el semanario, Froylán invita a su equipo a un restaurante. Después de la comida, comparte una idea con sus colaboradores: Yo quisiera decir del periodismo, lo mismo que decía Carpentier de la literatura: “Nunca he utilizado la pluma para herir; sólo creo en la literatura que construye, no en la que destruye”.

Sobre ese desencuentro con el dueño y director del Diario, en la capital de Veracruz se dice que a Pabello le costó aprender a convivir con el éxito de Froylán. Así pasaron muchos meses, y aunque las oficinas de ambos medios se situaban a sólo dos cuadras de distancia, no se supo de más diferencias o incordios entre ellos. Siendo Xalapa una ciudad pequeña, resultaba extraño que no tuvieran la oportunidad de verse cara a cara.

El reencuentro con Pabello Acosta ocurre tiempo después. Al término de un desayuno en el restaurante del Hotel Xalapa, subiendo las escaleras rumbo a la salida, camina Froylán con Amadeo Flores y otras personas. Descendiendo por las mismas, se acerca el director del Diario. Cuando se emparejan en un escalón, Pabello se detiene y le da un largo abrazo. Visiblemente emocionado sólo atina a decirle: “¡Froy!”. Los que estaban cerca de ellos cuentan que a don Rubén se le enrojecieron los ojos.

Años después en una reunión familiar, un sobrino le pregunta al misanteco por qué terminó mal esa relación, después de tantos años de amigable convivencia. Miren, contesta Froylán, de una u otra manera, un reportero no puede dejar de ver lo que pasa; incluso lo que no pasa. Y cuando no se entienden las cosas, a veces, hay que recurrir a la filosofía. Según Savater, el tiempo no resuelve los problemas. Sólo los pudre. Y por si no ha quedado claro todavía, aquí les dejo la reflexión que encierra esta pregunta y su respuesta: “¿Cuál es, Maestro, el gran problema del sistema capitalista? ¡Es este, *Hijín*: que no alcanza para todos!”.

El país sigue una errática marcha. Durante su último informe de gobierno el primero de septiembre de 1982, el presidente López Portillo anuncia la nacionalización de la banca, y con actuada exaltación promete “defender al peso como un perro”. Pero la sociedad lo critica por el desorden, la corrupción y el nepotismo que caracterizaron a una gestión que hizo derroche del

gasto público y construcciones faraónicas que desequilibraron las finanzas públicas dejando las arcas vacías. La política inicial de austeridad que transformó en “administración de la abundancia” generó cerca de 80 mil millones de dólares de deuda y nueve mil millones en esa divisa fugados al extranjero. Los expertos afirmaron que la petrolización de la economía y los factores descritos motivaron que la inflación se saliera de control, sufriendo adicionalmente el aumento de las tasas de interés internacionales. La población tuvo que soportar varias devaluaciones de la moneda: en seis años de gobierno el precio del dólar paso de 26 a más de 149 pesos mexicanos.

En una salida fácil y llena de cinismo el decadente mandatario resume la situación del país con una sola frase: “Soy responsable del timón, pero no de la tormenta”, en alusión a la caída de los precios del petróleo, a la que en círculos cercanos atribuyó la debacle de las finanzas nacionales.

Las cosas en la capital del país son caóticas en los terrenos de la economía. Por la nacionalización de la banca, los ahorros de mexicanos con cuentas en dólares que valían 150 pesos en el mercado libre, les fueron pagados a 75 cada uno.

El descontento nacional se generaliza. Después de varios meses de resistir un fuerte complot comercial organizado desde el régimen, la revista *Proceso* responde con esta reveladora portada: “Bosques de las Lomas, el retiro presidencial; Connecticut, el esplendor de Hank; Zihuatanejo:

el Partenón de Durazo”. Casi a punto de terminar el sexenio, la revista publica profusamente la corrupción de funcionarios de un periodo gubernamental caracterizado por la irresponsabilidad y la autocomplacencia.

Es una época en que Froylán se conduce con destreza y propiedad en el mundo del poder. A petición de los grandes actores, o por iniciativa propia, con frecuencia organiza reuniones en su casa, a la que asisten personalidades importantes del estado. En su espacio o con su mediación se resuelven diferencias políticas individuales o de grupo.

Acosta Lagunes recibe en palacio de gobierno a un destacado dirigente de izquierda que conoció años atrás. Se trata de René Avilés Fabila, quien llega acompañado del escritor Marco Aurelio Carballo, que esa tarde presentará uno de sus libros. Después de recordar viejos tiempos con Avilés, Carballo le regala un ejemplar de su obra al gobernador, quien descuidadamente lo utiliza para abanicarse, sin pensar en la ofensa al autor. En un momento de la anodina conversación, el gobernador se lo da a su secretario particular y le dice: “toma el libro, cuando lo leas, me dices de qué trata”. Carballo enojado se pone de pie y le reclama airado a don Agustín su falta de respeto. Ante ese embate y para justificarse, el gobernador comete la segunda irreverencia con el también periodista: “mire, no lo tome como algo personal, yo leo mucho y me gusta la lectura, pero desde hace tiempo decidí no leer nunca un libro

regalado, si no, ¿imagina usted, cuanta basura tendría yo que leer?”.

Luego de dos años y medio entregando pocos resultados, Acosta Lagunes anuncia un ambicioso programa de obras de infraestructura. En una reunión en su casa, el director del Punto le pregunta si tiene recursos para ello. Sí Froy, le contesta orgulloso: “Aproveché los altos intereses que pagaban los bancos y en los primeros años multipliqué los recursos estatales. ¡Tenemos para construir hasta carreteras, vas a ver!”.

En marzo de 1984 Froylán recibe condolencias del palacio de gobierno por el fallecimiento del diputado federal Alfonso Arroyo Flores, líder de la sección 32 del SNTE y originario de Misantra. También le informan que el maestro había muerto unas horas antes en un motel.

Al otro día, Benjamín Domínguez cuenta que al cadáver le observaron las uñas moradas y que por ello sospechan de un envenenamiento. Esa circunstancia indica quién lo va a suceder, pronostica Froylán. Será del grupo de Carlos Jonguitud y seguro va a ser Juan Nicolás Callejas, sobrino de mi pariente.

El trágico suceso trae recuerdos al periodista. Pero son de otro tipo y de otro tiempo. Froylán no puede olvidar a la española con la que tuvo momentos de ensueño en la localidad turística de Avión en Galicia. Una hermosa mujer a quien conoció en uno de sus viajes.

—Aunque narraste un hecho desafortunado, reviviste en mi memoria a una dama talentosa, discreta y segura de sí misma—. En ella descubrí

la pasión de la vida y del amor y jamás la olvidaré. Debes saber que no hay nada comparable cuando te llevan de la mano al paraíso.

—Vaya que te marcó esa mujer—. Siempre dices lo mismo cuando hablas de ella.

Una tarde de mayo en la ciudad de México, el periodista Manuel Buendía llega a un estacionamiento a recoger su vehículo. Es asesinado a tiros por un sicario que huye en motocicleta. Llegan al lugar del crimen los oficiales de la dirección federal de seguridad, encabezados por el director José Antonio Zorrilla. El analista político escribía la columna Red Privada de *Excélsior*.

La violencia no para. En la carretera que conduce a Nautla matan al diputado federal Roque Spinoso Foglia, líder nacional de los cañeros. La agresión sucede en la madrugada de un domingo de noviembre a las puertas del rancho El Relicario, propiedad de los hermanos Izquierdo Ebrard. En el ataque muere también el ganadero Cesar Spinoso Corral.

Froylán comenta el impactante incidente con Benjamín. “Tenemos que ser muy prudentes con las publicaciones sobre el dirigente cañero. Recuerda los problemas de amenazas de Arturo Izquierdo a Cesar: sus ranchos comparten linderos. Considera que a Roque lo llegaron a acusar de la muerte de Alfredo B. Bonfil, su

antecesor en el liderazgo cañero. Tampoco olvides a la banda de Felipe “El indio” Lagunes que ha elevado la criminalidad en el centro del estado. Por favor maneja el asunto con mucha cautela, porque con la inseguridad que vivimos en estos tiempos, ya no se sabe con quién trata uno. Lo que sucede es que el vacío de poder ha incrementado la disputa por el territorio y las riquezas mal habidas”.

—Deja hacerte una pregunta, tío—. Siempre has dicho que no comulgas con la nota roja y el amarillismo en tus proyectos periodísticos. ¿A qué se debe esta posición?

—Escucha bien esto. Hablar de las miserias humanas, cualquiera de ellas, denigra a la persona que lo refiere con el fin de comercializarlo. No me gusta manejar ese tipo de noticias, salvo que exista una razón que pudiera calificarse como “de Estado”. Ahora, sobre estos temas escabrosos, te voy a platicar un incidente ocurrido allá por la década de los cincuenta. Hubo un periodista veracruzano que publicó una historia sobre Nautla y era dado a los temas controversiales. Escribió varios libros y novelas que tuvieron fama. Se llamó Roberto Blanco Moheno. Alguna vez trabajando para una de las grandes revistas de esa época, vino a la región a hacer un reportaje acerca de Manuel Parra, a quien apodaban “La Mano Negra”. Cuando terminó la investigación, según refiere en su libro *Memorias de un reportero*, la entregó a su jefe y este le dijo que era muy buena, pero que no la podía publicar por seguridad, no del director, sino del que la escribió. Esto

ocasionó un gran disgusto en Blanco Moheno, quien en ese libro sugiere que su jefe Regino Hernández Llergo fue el que sacó provecho del reportaje, porque, a decir del escritor, en él se daban pormenores de más de dos mil asesinatos cometidos por Parra, desvelando detalles oscuros de políticos cómplices del extinto hacendado de Almolonga. Lo que te quiero decir, es que suele haber peligros, intereses encontrados y perversidades, inimaginables. Al final del día, y aunque recibió mil pesos de su jefe, Blanco Moheno quedó como persona desagradecida y conflictiva, mientras que Hernández Llergo siempre fue considerado como una de las vacas sagradas del periodismo nacional. Si la analizas bien, esta anécdota brinda muchas enseñanzas.

El año de 1985 deja la más terrible tragedia en la historia reciente de México. A las siete de la mañana del 19 de septiembre, un temblor con magnitud de 8.1 en la escala Richter sorprende a la población del Distrito Federal y estados circunvecinos. Infinidad de casas y edificios se vienen abajo sepultando a más de veinte mil personas de todas las clases sociales. El periodista Jacobo Zabludowsky ha perdido a varios compañeros de trabajo debido a la caída de un edificio de la empresa Televisa. Afectado por los ingentes daños que observa, camina entre los escombros transmitiendo en vivo lo que sucede en las calles. Después de varios días de búsqueda y rescate de personas vivas, se constata que el luto ensombrece a miles de familias. Pero el fenómeno telúrico y sus efectos irreparables ayudan a

mostrar una cara desconocida en la sociedad: el inédito suceso permite mostrar la valentía de los rescatistas y voluntarios junto al dolor y la solidaridad de los mexicanos en momentos críticos.